

LA MADRE DE FAMILIA

REVISTA MORAL É INSTRUCTIVA

BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ

SE PUBLICA LOS DIAS 1.º, 8, 15 Y 23 DE CADA MES.

PRECIO: DOS REALES MENSUALES

3. ^a EPOCA. 1883.-Año VII.	REDACCION Y ADMINISTRACION Barro del Campillo, núm. 15, Granada.	Núm. 16 Dia 23 de Julio
--	---	----------------------------

SUMARIO.

LA MUJER REGENERADA POR EL EVANGELIO, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—EN GRANADA, poesia por A. Cánovas del Castillo.—UN MAR SIN PUERTO, *novela*, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—VARIEDADES, por S.—SECCION DOCTRINAL, por Enriqueta Lozano de Vilchez.

LA MUJER

REGENERADA POR EL EVANGÉLIO.

(CONTINUACION.)

Ciceron mismo, el gran Cicerón, el brillante orador, el modelo obligado de la juventud estudiosa, el tipo perfecto del patricio romano, pisó como los demás las leyes del corazón, ultrajó la moral, profanó la santa unidad de la familia, repudiando á su esposa Terensia; para pagar á sus acreedores con el dote que le traía Publicia, á quien tomó por mujer, repudiándola á su vez con un pretexto insignificante, y dando con este fatal ejemplo

más dias de vergüenza á su patria, que horas de gloria pudo darla con su elocuencia y con su genio.

Tal era en los tiempos del paganismo la situacion de la muger, y tales los punzantes abrojos que obstruian por doquier la senda de su vida.

Pero ¡ay! que más degradacion y miseria la cercaron despues, y en los tiempos de Augusto, cuando creyéndose ella misma en el apogeo de la gloria y el esplendor; rompió, al par que los lazos que la oprimian, todos los velos del pudor, y se redujo en su locura, al último grado del envilecimiento y la impureza.

Sin Dios, porque su solo Dios era el lujo; sin amor, porque su corazón se hallaba seco; sin familia ni amigos, porque su hogar solo se poblaba de cortesanos ó de esclavas; sin nobles aspiraciones, sin abnegacion y sin ternura; era solo una flor de vistosos colores, pero exenta por completo de suave aroma; una de esas flores que envenenan y matan, y cuya

hermosura de un día inspira desprecio y repulsión.

¿Como llegó á este extremo de cinismo y de corrupción? ¿como se trocó de víctima en verdugo, de esclava sumisa en fementida Mesalina?

¡Ay! es muy fácil adivinarlo!

La memoria de su pasada opresión saturaba de hiel su alma.

Viendo sin premio alguno á la modestia y la bondad, se arrojó en brazos del orgullo, y rindió culto á la vanidad.

Sin una religion que levantase su espíritu; sin una eternidad que fuese el centro de sus deseos; sin un Dios que llenase el insondable vacío de su pecho, se erigió así misma en divinidad, y quiso á toda costa rodearse de oro, de perfumes y galas, siendo la digna representante de aquella generación sin virtudes, y cuya sola grandeza era, la grandeza del mal.

El hombre había desterrado con sus vicios, y sus errores y su tiranía, el amor, la paz y la unidad de la familia, y el hogar pagano estaba sombrío, y yerto y destruido, porque las mujeres que aplaudían en el circo, que gozaban presenciando las luchas de los gladiadores, que azotaban á sus esclavas, y que adoraban como á Dioses, á Saturno que devoraba á sus hijos, á Juno que era una esposa infiel, á un adúltero en Júpiter Capitolino, y á una cortesana impura, en Venus Sitérea, no podían iluminar aquel hogar con la casta luz de una mirada, ni prestarle calor un punto, con el santo calor del alma.

Y sin embargo, en medio de esta locura de libertad, de este delirio de placeres y de brillo fugaz, la mujer no era feliz; ¡no podía serlo!

¡La azucena no abre su caliz en los pantanos infecundos, ni la paloma despliega su vuelo en la región de las tormentas!

Podía aturdirse, embriagarse con las lisonjas de la vanidad y con el torbellino de los placeres, pero la vanidad, que es humo, desaparece en el viento, y los placeres desenfrenados

dejan una triste sombra en el espíritu, y una gota de hiel en el alma.

Su vida era pues, estéril, amarga y manchada.

Era la del triste viajero que no encuentra una sombra en que reposar, la del pobre pájaro que no tiene nido, la del ciego sin guía, la del corazón sin esperanza ni amor.

Más infeliz cuanto más degradada, más digna de lástima cuanto más caída en el mar, su existencia era un sueño de bien terrible despertar.

¡Ay de la mujer que lleva la frente manchada y la conciencia cargada de culpas! ¡qué paz ni qué dicha puede alcanzar!

¡Desventurada! el desprecio que inspira es su lento castigo, y la propia conciencia su frío juez.

III.

La luz del Evangelio ha iluminado ya los mundos desde la elevada cumbre del calvario.

El hijo de una Virgen clavado en un madero, ha sellado ya con la sangre de sus venas, una nueva ley de perdón y de gracia, de misericordia y amor.

Ya no hay sacrificios, ni ecatombes, ni muerte, porque Dios, se ha sacrificado voluntariamente por el hombre y le ha conquistado una vida eterna al exhalar el último suspiro!

Ya no hay esclavos ni señores, ni pequeños, ni engrandecidos, porque los humildes serán antepuestos á los soberbios y los hijos de Jesús se llamarán hermanos.

El cetro de la barbarie y de la fuerza ha quedado roto en mil pedazos entre la diestra de los tiranos, y el cetro bendito de la misericordia la cruz de Cristo, alzando al cielo su cabeza y extendidos los brazos para abarcar al mundo, impera ya sobre la Tiara y las coronas, y las espadas, y sobre los espíritus, y sobre las almas.

(Continuará)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

EN GRANADA.

Los que juntaís, felices trovadores,
El canto dulce al arpa regalada
¿Sabeis ya qué es amor y qué son flores?
¿Habeis visto los valles de Granada?

¿Sabeis cuál son los trinos de sus aves.
O el perenne murmullo de sus fuentes,
De sus plantas los hálitos suaves,
Los rayos de su sol resplandecientes?

¿Visteis su noche y su naciente aurora,
Y su espléndida luz de mediodía,
Cuando en la Alhambra vivida colora
De los arcos la aérea celostia;

Y á par correr los surtidores claros
Por frescos sotos de arroyan vestidos,
O lamiendo al pasar mármoles raros
En soberbios salones embutidos?

¿Visteis de adelfas y jazmin y láuro
La bóveda que en torno se dilata,
Por donde corre silencioso Dauro,
Y en su cáuce al correr nieves desata;

Y á par los manantiales que destila.
Gota por gota sobre el hondo río,
Cuando á bañar descende en la tranquila
Onda sus piés Generalife umbrio?

¡Ah! Si no, no canteis. Solo reflejos
Son de belleza los que os dan los ojos,
Y con ver á Granada desde lejos
Prestáraos ya cuanto decis enojos.

Sin luz el alba, sin aroma el viento,
Y el láuro sin verdor, y sin blancura
La guirnalda juzgárais en que lento
Se entreteje el jazmin por la espesura.

Y tuviérais por pálida la lumbré
De la luna, que amiga os acompaña.
De una reja al amor, y en su vislumbre
De la hermosa que espera el rostro baña.

No, no canteis aun, más presurosos
Allí acudid por letras y sonidos;

*Y tales hallareis que deleitosos
Os hechicen el labio y los oídos.*

*Y entonces cantareis, como se canta
Sin querer ni pensar en aquél suelo.
Donde secreta inspiracion levanta
La flaca mente, y la remonta al cielo.*

*Y entonces enviareis á las hermosas
De esperanza ó de amor tales querellas.
Qué, cuando pareciesen desdeñosas
Tiernas ya siempre os mirarán por ellas.*

*Direis de Bib-rambla el gran torneo,
Donde el dolo trocó lanza por caña,
O de la Alhambra el esplendor, trofeo,
Tras lengua lid, de la cristiana España.*

*Direis lo que aun sepais de los amores
De la sultana y de su amarga suerte,
Y de cuando los claros surtidores
Con sangriento raudal manchó la muerte.*

*Direis la oculta saña del guerrero
Cautivo, el llanto de la dulce esclava,
Los moros que venció el buen caballero
Que contó por Maestre Calatrava.*

*¿Y qué importa cantar lo que cantaron
Otros ya de Granada y sus historias?
¿Por ventura sus flores se acabaron,
Y murieron con ellas sus memorias?*

*¿No corre mayo como siempre verde
Por las orillas de Genil risueñas,
Y cobra el oro, que en sus linfas pierde,
Dauro en las flores de sus pardas peñas?*

*¿No vive aun la Alhambra entre los gertos
Escombros de sus torres en ruina,
Y alegre esconde el Albaicín en huertos
Su muerte, al peso de la edad, vecina?*

*¡Oh! Si no es que teneis los trovadores
La garganta sin voz, ó el arpa rota,
Id y cantar: las fuentes ni las flores
Ni allí la antigua inspiracion se agota.*

A. Cánovas del Castillo.

UN MAR SIN PUERTO.

NOVELA ORIGINAL

DE ENRIQUETA LOZANO DE YILCHEZ.

(CONTINUACION).

XIII.

Por desgracia habia quien acechase en la sombra para enlutar aquél porvenir.

Fernando que espiaba todo cuanto hacia Regina, que observaba con el mayor cuidado quien entraba y quien salia en su morada, habia visto á la madre desconsolada penetrar allí deshecha en lágrimas, y la habia mirado salir con el rostro resplandeciente de alegría.

Se acercó á ella, y como nada hay más expansivo que la felicidad y más aun, cuando esta es inesperada y repentina, aquella sencilla y buena mujer refirió la accion de D. Diego, y bendijo aquella bondad con toda su alma.

¡Oh! es cierto que su generosidad habia sido grande.

Fernando se quedó pensativo.

Sabia que el administrador de su madre era pobre, y que su sueldo no alcanzaba para dar limosnas de aquella entidad.

Una sospecha cruzó por su mente, y una sonrisa siniestra apareció en sus labios.

—Oh! se dijo con una alegría concentrada, si no fuera tan provo.... si la tentacion le hubiera vencido.... esperemos; no hay mas que observar.

Y el jóven desde entonces, abrigando la sospecha de que el digno anciano esplotaba la confianza de su madre, empezó á seguir sus pasos, á medir sus acciones, á espiarle en fin como espia la serpiente á la pobre y sencilla paloma.

Ayl los corazones podridos no pueden concebir que haya pechos honrados.

Fernando á todas horas entraba en el despacho del administrador.

Esto tenia el doble objeto de acercarse á Regina y observar á su abuelo.

Un dia pudo hallar á la jóven sola.

Fernando la repitió lo que tantas veces la habia dicho.

Ella le contestó lo que tantas veces le habia repetido.

El jóven aristócrata que no podia concebir aquella negativa de parte de Regina, quiso buscar su causa, y al fin sospechó la verdad.

La niña amaba á otro.

Esta idea le exasperó.

Se sintió mas humillado, y lo que faltaba por hacer á la peregrina hermosura de la jóven, lo llevó á efecto la vanidad de Fernando.

El pasatiempo se trocó en pasion.

En pasion ardiente y avasalladora, y entiéndase, que no confundimos el amor, emanacion de Dios, perfume purísimo del alma, con la pasion, tempestad desecha del corazon donde naufraga la razon y se sumerge á veces la conciencia.

Fernando juró vengarse de aquella débil niña, ó dominar y vencer aquella voluntad firme que se oponia á la suya, y la casualidad protectora de los proyectos descabellados puso en su mano un arma para que pudiese conseguirlo.

Al penetrar una tarde en el despacho de D. Diego, vió á este ocupado en arreglar sus cuentas y sus papeles.

Una ráfaga de viento, penetrando por la ventana entreabierta, dispersó á estos, arrojando algunos por el suelo.

Uno de ellos fué á caer á los pies de Fernando.

El jóven se inclinó para cojerle, fijó casualmente los ojos en él, y el genio del mal, destinado por Luzbel para perder su alma, murmuró algunas palabras á su oido que le hicieron estremecer.

Arrugó el papel entre sus dedos y le guardó rápidamente en uno de sus bolsillos.

D. Diego no pudo notar su accion, y sin embargo, su ruina iba envuelta en ella.

Aquel papel era un recibo de seis mil duros, que D. Diego los habia entregado al ayuda de cámara de Fernando para los gastos particulares de este.

Una vez aquel documento perdido, el anciano era responsable de aquella cantidad.

XIV.

D. Diego siguió trabajando.

Ni por un instante pudo sospechar lo que acababa de pasar; aquél recibo nada tenia que ver con las cuentas corrientes; lo tenia guardado para el dia que debiese presentar la cuenta general.

Fernando salió del despacho.

Sus mejillas estaban encendidas, sus labios contraidos.

Libertino, incrédulo y malvado, aun habia en sus venas algo de la sangre de su buen padre.

La accion que habia cometido era infame.

Aquello era un robo!... peor que un robo, por que el oro robado puede devolverse, y la honra perdida no se recobra, y la honra de D. Diego era lo que Fernando tenia en su mano.

Pero la pasion cegaba al jóven y le enloquecia.

Luego... ya hemos dicho que Fernando no creia en nada.

Para atenuar lo villano de su accion, para transijir con ella, tan solo le habia bastado pensar que podia remediaria con una palabra, con una frase, sola á la hora que los juzgara conveniente.

—Bah! se habia dicho, la cuestion es asustar á esa niña orgullosa, de hacerla temer por su abuelo, de obligarla á oirme, y luego de presentarme haciendo el papel de salvador, de Providencia... bonito papel que acabará de hacer que me ame por gratitud á lo menos.

Sí, bien hecho está lo hecho. De todos modos este dinero es mio y yo no he de obligarle á que lo dé dos veces.

Lo que importa ahora es provocar la crisis, precipitar el resultado, y esto solo puede... si mi madre...

El libertino meditó algunos instantes, y después sonriendo cínicamente.

—Sí; eso es, murmuró, mi madre es muy severa, y si sospecha... tan solo con que sepa que dan limosnas de cuatro mil reales bastará para que recele, y esto es bien fácil, como que es verdad! Lo sabrá hoy mismo, y mañana... mañana.

Un solo latido del corazon de Fernando se reveló contra aquel plan.

Pero el orgullo herido volvió á irritarse en su pecho, enloqueciéndole de nuevo, y murmuró con desden.

Esto no pasará de ser... casi una broma, humillaré á esa muchacha un poco, y luego... todo el mal consiste en que crea que luego se les resarse con dinero, son pobres y se darán por muy satisfechos.

Y... pehs, no es el suyo un nombre esclarecido ni ilustre que pueda perder... sobre todo en diciendo luego que fué un error... por que yo lo diré... sí, lo diré; adelante, la casualidad lo ha hecho, saquemos producto de esta casualidad.

XV.

El jóven, libre con estos pensamientos de toda duda, de toda vacilacion, se dirigió en busca de su madre, que en aquél instante daba su paseo cotidiano por los hermosos jardines de la quinta.

Fernando la saludó con una de sus más agradables sonrisas.

Luego, empezando por alhagarla, para hacerse creer, ponderó las bellezas de aquella mansion, y el placer que le causaba pasar en ella algunos dias.

—Oh! sí, esta casa es muy hermosa, respondió la duquesa, que habia heredado de sus mayores aquella magnífica propiedad y que la amaba más, porque la habia habitado cuando niña; es hermosa, y cada dia lo estará más, porque pienso hacer en ella algunas innovaciones.

—Ahora?

—Sí; D. Diego me ha manifestado su opinion, y....

—Está V. segura de la honradez de ese hombre preguntó Fernando de una manera brusca é inesperada.

—Sí hijo mio, se apresuró á contestar la anciana.

El jóven calló por un instante escitando así la curiosidad que habia sabido despertar con un movimiento calculado.

—Por qué me haces semejante pregunta? dijo la duquesa, que habia aguardado en vano una palabra de Fernando.

—Yo... por nada; murmuró este afectando indiferencia.

Y luego añadió.

—Ese hombre tendria sin duda algunos bienes, contaria con algunos recursos propios antes de venir aquí.

—Por el contrario: estaba pobre, muy pobre, casi en la miseria, cuando le hice venir aquí, y me doy la enhorabuena de haberle otorgado este puesto que le dá una posicion modesta pero tranquila al menos.

—Oh! pues si es tan pobre como dices, su conducta es altamente generosa, porque....

Fernando se detuvo de nuevo.

—Por qué? preguntó la duquesa impaciente.

—Porque no se concibe que sin grandes recursos se hagan limosna considerables.

—Limosnas considerables!

—O dádivas de alguna entidad; llámale como quieras.

—Pero D. Diego...?

—Yo sé que hace algunas.

—Espícate.

—Hace algunos dias, sin ir más lejos, que entregó á una pobre mujer, á una pordiosera casi, cuatro mil reales, que ésta agradeció sobremanera, proponiendo pagárselos en bendiciones.

—Cuatro mil reales!

—Ni más ni menos.

—Eso significa casi la tercera parte de su sueldo anual.

—Pues con dos ó tres limosnas de esas, no sé donde irá á parar, y por eso te decía, que tu administrador debe contar con recursos particulares.

XVI.

La duquesa quedó pensativa.

Las frases de Fernando daban el resultado que este se habia prometido.

El primer jermen de la sospecha estaba arrojado en el alma de la severa dama, y no tardaría en dar sus frutos.

Sin responder nada á su hijo, ni dar al parecer valor á sus palabras, se informó en secreto para saber si eran verdad aquellas referidas prodigalidades.

La gratitud inocente habia secundado á los planes de la infame calumnia!

Todo el mundo en aquellas cercanías sabia ya la caridad de Regina y su abuelo. Susana la madre agradecida, habia querido que cuantos la conociesen les bendijeran con ella.

Antes, pues, de emprender su marcha, habia dicho públicamente el favor recibido, ponderando con toda la efusion de un alma agradecida aquella dádiva inesperada.

La duquesa no encontró dificultad alguna cuando quiso indagarlo.

Oh! se dijo con asombro, ¡era verdad! y quien sabe hasta donde llegarán las prodigalidades de ese hombre! Y él solo cuenta con su sueldo, ninguno dá lo que él mismo y para sí necesita; esto es claro: ¿de donde pués, saca ese dinero?

Como hemos dicho ya, la Duquesa no podia tolerar la idea de una falta, y una vez admitida la duda, quiso llegar en breve hasta el fin.

Su administrador general recibió una carta mandándole llamar con toda premura.

D. Diego debía rendirle cuentas, y de este modo ella podia saber á que atenerse.

Fernando entre tanto se regocijaba de su accion.

Dos dias después recibió contestacion de su apoderado. este debía llegar veinte y cuatro horas después.

XVII.

La Duquesa hizo que se presentara D. Diego y le anunció la venida de aquél hombre, manifestándole al par, que segun las costumbres establecidas en la casa, debía rendirle las cuentas y entregarle los fondos en el corto tiempo de su estancia allí.

El anciano al oir esta noticia se turbó de un modo tan visible que la gran señora convirtió su sospecha en creencias.

Le vió temblar, le vió palidecer y no hallar una sola frase que responderla.

—Este hombre me ha engañado! murmuró para sí, mientras le miraba de un modo fijo y tenáz: Este hombre por quien he hecho tanto bien, se burla de mí, abusa de mi confianza. Oh! no se lo perdonaré nunca, nunca!

Y desde aquel momento fué objeto de su enojo y de su desprecio, aquel que antes mirara como un modelo de lealtad.

Montellano salió de la estancia sin saber siquiera donde estaba, y dando para motivar su agitacion, uno de esos pretextos que no hacen mas que perjudicar al que los dá.

Estaba aterrado, y esto quitaba la claridad á su juicio y la seguridad á su palabra,

Es tan duro emplear la mentira para una persona delicada y recta!

Es tan triste tener que faltar á sus compromisos al que siempre ha cumplido con su deber!

D. Diego en medio de todo, bendijo á la suerte que le daba aquella noticia con un dia de anticipacion.

XVIII.

Oh! es que esperaba que en aquellas 24 horas le seria posible remediarlo todo.

Tenia amigos, conocidos, á quienes él á su vez habia favorecido, y cualquiera de ellos podria sacarle de aquel apuro.

Pediria la cantidad que necesitaba, poniendo un plazo para devolverla.

Si: esto era lo mas fácil, lo mas sencillo: esto era lo que debía hacer.

¡Pobre anciano, pobre hombre que tenia tanta fé en los demás, que aun no dudaba de la amistad!

¡Pobre alma, pobre corazon noble y generoso, que juzgaba á los demás hombres por sus propios sentimientos; ¡cuan poco iban á durarle sus ilusiones, cuan amargo iba á ser su desengaño!

D. Diego halló cerradas todas las puertas; ni una sola de las personas con quien contaba le quiso favorecer.

Unos alegaron falta de medios, otros necesidades apremiantes, aquellas dudas, estas vacilacion.

En aquellas escursiones invirtió las horas de todo el dia.

Cuando volvió á su casa venia desesperado y delirante.

Qué iba á hacer ¿cómo entregar aquellas cuentas, ¿como decir la verdad?

El desgraciado se aturdí cada vez más, y cada vez le parecía mayor la falta que iban á encontrar.

Y el tiempo pasaba, y ya era de día, y pronto iba á llegar aquél hombre que significaba para él un inflexible juez.

El sol disipó las sombras de la noche sin disipar las que rodeaban la mente del infeliz.

Todos los ruidos, tan conocidos para él, de aquella casa llegaron á su oído, mas sin sacarle de su abatimiento.

Encerrado en su despacho habia pasado la noche entera, no meditando ni formando cálculos, sino sufriendo y esperando!

Regina lo habia visto de aquel modo, pero no se habia atrevido á preguntarle.

El ruido de un carruaje que penetraba en el pátio de la quinta, hizo redoblar los latidos de su corazón y temblar sus pálidos labios.

¡Oh! allí estaba el que le iba á juzgar!

Otro hombre cualquiera, más jóven, menos recto, mas enérgico, hubiera hecho frente á la situación sin aturdirse de aquel modo.

Poro Montellano era muy viejo, no habia faltado nunca á su deber, á sus compromisos á sus palabras, y veia un abismo, donde solo hubiera hallado un pequeño obstáculo muy posible de allanar.

La cantidad tampoco era considerable, pero todo es mucho para el que se encuentra tan exhausto de recursos.

XIX

El apoderado de la duquesa pasó algun tiempo hablando con esta.

Estas horas fueron un suplicio sin nombre para Montellano, que no sabia si alejarse, si ir él mismo á decir la verdad, ó si buscar un pretexto para dilatar su entrevista con el señor Eloy Jourdan, administrador general y apoderado de la casa.

El tiempo pasaba en estas dolorosas incertidumbres, y don Diego con la cabeza oculta entre las manos, dejaba correr el tiempo; y pasar las horas sin darse cuenta de las que transcurrían.

(CONTINUARÁ.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Variedades.

Los temblores de tierra.

(CONCLUSION.)

Mr. Shaw refiere tambien que en 1724 estando á bordo de un navio argelino de cincuenta cañones, sintió tres violentas conmociones una tras de otra, como si cada vez hubiesen arrojado de un lugar muy alto, un peso de cuatrocientos á seiscientos quintales sobre el lastre; añadiendo que esto sucedió en un paraje del Mediterráneo donde habia más de doscientas brazas de agua.

¡Quién podrá subsistir delante del Todopoderoso cuando manifieste todo su poder, y quién le hará resistencia cuando se levante para juzgar las naciones! La tierra tiembla y se conmueve á su presencia. Su justicia se espansa como un fuego, hace que se derritan los peñascos, y reduce á la nada todo cuanto quiere.

¡Quién no os temerá ó Rey de los cielos y de la tierra! Sí, Señor, reconocemos y adoramos vuestra magestad soberana. Vuestros juicios son siempre rectos é incomprensibles; pero al mismo tiempo sois bueno y misericordioso.

Oh! alma mia, procura penetrarte bien de esta grande verdad. Aun cuando el Señor manifiesta sus juicios sobre la tierra, aun cuando consume países enteros en el ardor de su ira, aun entonces sus caminos son respecto á otras partes del mundo y á su generalidad caminos de bondad y de sabiduría.

¿Piensas acaso que solo para destruirte dispone y ordena estas pasmosas conmociones cuando puede hacer-te desaparecer con un soplo? ¿Pudieras creer que necesitase el Altísimo servirse de todas las fuerzas de la naturaleza para convertirme en polvo? Ah! reconoce más bien que hay unos fines mucho más altos en estas catástrofes tan terribles, y que los terremotos mismos sirven en el plan del Criador para la conservacion del todo. Y aun supuesto que algunas aldeas, ciudades y provincias fuesen sepultadas bajo sus propias ruinas; aun suponiendo que se destruyesen millares de criaturas, ¿qué es todo esto en comparacion del mundo entero, y de la innumerable multitud de criaturas que habitan en el inmenso imperio de la creacion? Cree, pues, que todo cuanto hay más espantoso en la naturaleza, todo el mal aparente, todas las pretendidas imperfecciones del mundo son necesarias para su conservacion, y por lo mismo para que se manifieste en ellas la gloria de su Autor.

¡Ser inmenso y omnipotente! yo os adoraré y bendeciré vuestro nombre aun cuando descargueis vuestro azote sobre la tierra, y aun cuando derrameis sobre ella el terror y la desolacion. Aun haré más: descansaré con entera confianza en vuestros paternales cuidados. Y si se aplanasen los montes y cayesen al mar, si se destruyese el mundo, Vos sereis siempre mi apoyo, mi fortaleza y mi asilo: sí, Vos sereis mi auxilio y mi protector en todos los males. Logre yo el testimonio de una buena conciencia, y nada tendré que temer.

S.

Seccion Doctrinal.

Explicacion de los Mandamientos.

(CONTINUACION).

—Quiero... pero no; mejor es otra cosa; ven conmigo.

—¿Como!

—Ven conmigo, y dí siempre «sí» á todo lo que yo te pregunte..... ¡no te vuelvas atrás, me has dado tu palabra!

El señor de Montalvan sonrió con indulgencia, y dispuesto á satisfacer aquel inocente capricho, se levantó, y dando la mano á Clara,

Conduceme donde quieras, exclamó, esperando que la niña iba á exigirle un traje ó algun costoso juguete; pero resuelto á complacerla, puesto que se habia obligado á ello, y gustoso porque la enfermedad que habia temido, solo se reducía á una peticion.

Clara, sujetando con su blanca y fina mano, la mano del autor de sus dias, salió de su habitacion y se dirigió, cruzando algunas estancias, á la que daba paso á la escalera.

—¿Como! dijo su padre; ¿vamos á salir de casa?

—Sí, y no.

—Ponte un abrigo, un sombrero.

—No es necesario; ven.

La niña bajó las escaleras, pero lejos de dirigirse á la puerta de la calle, tomó la direccion del patio interior.

—¿Dónde me llevas? preguntó Montalvan admirado.

—Ya estamos cerca.

Siguieron andando algunos minutos, y Clara, lijera como un pájaro, llegó en breve seguida de su padre, ante el miserable cuarto de María.

Ya estaba anocheciendo, y la luz, que siempre era escasa en aquel sitio, habia sido reemplazada por una vaga oscuridad.

A través de la puerta se veia brillar una débil claridad.

La niña se detuvo un momento.

A lo lejos se escuchaba un confuso rumor, y el eco de una campana, y de otras cien, repetidas en la distancia.

En el fondo de aquel miserable cuarto, un acento dulcísimo respondía á aquellos ecos.

Era que los ángeles y los hombres, mezclando en aquel instante su voz, doblaban la rodilla para saludar á su Reina, por vez tercera en aquel dia, y que el ángel de la tierra, que moraba en aquel oscuro rincon, elevaba una plegaria, con la plegaria de sus hermanos, á la sola impecable, inmaculada y Santa.

—«Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra;» decía María recitando la salutacion angélica, con un acento tan lleno de humildad, tan enteramente conforme con la voluntad del Señor, cual debió ser el que la Virgen de Sion empleó para contestar al mensajero divino de Nazaret.

El señor de Montalvan se descubrió instintivamente, y aun creo que instintivamente tambien repitió las palabras del rezo.

Cuando este terminó, Clara empujó rápidamente la puerta, y arrastrando á su padre hasta la cama de la niña baldada,

—Dime, exclamó, ¿crees justo que mientras este ángel se halla en un cuarto tan malo, en tan pobre cama; enferma y con hambre, sufriendo y con frio, sin médico, sin ropa, sin pan, vaya yo al teatro cargada de seda, en un cómodo carruaje y teniendo dulces, y helados, y flores, y todo?

La pregunta habia sido tan rápida y tan seguida, que el señor de Montalvan ni pudo, ni tuvo tiempo de contestar á ella.

—Vamos, respóndeme, papá; añadió Clara con su natural impaciencia.

—Pero, loquilla, ¿qué quieres que yo te diga?

—¿Qué te parece María? añadió la niña indicando á su protegida, que absorta y sorprendida por esta escena, la miraba encendida y confusa, mientras su anciana abuela, apenas habia tenido tiempo de levantarse ni pronunciar una palabra.

—Es una hermosa niña, muy pobre por lo que veo respondió el padre de Clara, mirando con emocion á María.

—Y muy buena. ¡oh! si tú supieras...

—Señorita, no diga V. eso, murmuró María hablando por la primera vez.

—¿Y por qué no, si es la verdad? Tú sufres, tú no te quejas, no pides nada ni deseas siquiera que cese tu mal, porque dices que amas á Dios más que á todas las cosas, más que á tí misma, y quieres hacer su voluntad; si esto no es ser buena, yo no sé quién podrá serlo.

—¿Esta niña hace eso? preguntó el señor de Montalvan admirado.

—¡Oh! sí! padre mio; por eso aunque la conozco hace muy pocos dias, la amo como si fuera mi hermana; por eso estaba triste esta noche pensando en su situacion, por eso, padre mio, al oírte decir que me complacerías en todo, te he traído hasta aquí, para suplicarte que me permitas dar á María mi lecho, la mitad de mi ropa, parte de todo cuanto tengo, pues aunque yo queria hacerlo ella no lo ha permitido, pues dice que los hijos nada tenemos ni nada debemos hacer, sin consentimiento de los padres.

—Oh! y dice muy bien y piensa mejor.

—Pues bien: ya ves como tengo razon. Ahora dime, querrás hacer lo que te pido? querrás que le dé...

—Señorita, señorita, si yo estoy bien aquí. No se prive V. de nada por mí: yo nada merezco y la bendeciré á V. toda la vida por ese interés.

El señor de Montalvan estaba conmovido al ver á su hija rica, llena de salud, junto á María pobre y enferma, no pudo menos de dar gracias al cielo por este favor que le concedia, y como nada hay que predisponga tanto al bien como el conocimiento de lo que debemos á Dios, en aquel instante se hallaba dispuesto á la generosidad y á la misericordia.

—¿Harás lo que te pido? dijo Clara con afán.

—¡Oh! sí; y algo más, hija mia, murmuró el señor de Montalvan halagado por los nobles instintos y la santa caridad que revelaban las palabras de la niña.

—¡Algo más!

(Continuara.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Imp de «La Madre de Familia.» Darro 15.